

Libro Sanación

Sanación - El Arte de Sanar

CAPÍTULO DOS

El Maestro Sanador

El Maestro Sanador

Cuando le preguntaron a Jesús cuál era el mandamiento más importante, su respuesta fue directa: *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas."*

En estas palabras, Jesús resumió el propósito entero de la vida humana. No complicó las cosas con largas listas de reglas. No creó un sistema imposible de seguir. Simplemente dijo: ama. Ama la Fuente completamente. Ama a otros como te amas a ti mismo. Todo lo demás fluye de ahí.

Pero Jesús no solo enseñó el amor con palabras—lo vivió con cada acción. Tocó a los leprosos que nadie quería tocar. Habló con la mujer samaritana a quien la sociedad despreciaba. Perdonó a la adúltera que la multitud quería apedrear. Comió con pecadores que los religiosos evitaban. Lavó los pies de sus discípulos como un sirviente. Y finalmente, dio su vida por quienes lo rechazaron.

Esto no fue mera enseñanza moral. Fue demostración. Jesús vino a mostrar, no solo a decir.

¿Qué hacía de Jesús un sanador tan extraordinario? No fue técnica, no fue método, no fue conocimiento secreto transmitido a través de escuelas de misterios—aunque estudió en muchos lugares durante sus años de preparación. Lo que lo hacía poderoso era algo más simple y más profundo: se había convertido en un canal puro para el amor que crea todas las cosas.

Un canal, en este sentido, es alguien que permite que la energía fluya a través de sí sin obstrucción. La mayoría de nosotros estamos bloqueados de diversas maneras. Nuestros miedos nos constriñen. Nuestros resentimientos crean nudos en nuestra energía. Nuestra duda de nosotros mismos atenúa nuestra luz. Jesús había hecho el trabajo interior para despejar estas obstrucciones. Había armonizado su mente, su cuerpo y su espíritu en un instrumento unificado a través del cual el amor divino podía verterse sin impedimentos.

Esto es lo que la sanación verdadera realmente es: no la manipulación de la materia física, no forzar a las células a comportarse diferente, sino la creación de un ambiente en el cual otro ser puede reconocer su propia capacidad para la integridad. El sanador no sana. El sanador irradia tanto amor, tanta luz, tanta presencia, que quien sufre vislumbra de pronto quién realmente es—y en ese vislumbre, la sanación se vuelve posible.

Piénsalo así: cuando entras a una habitación donde alguien está profundamente en paz, lo sientes. Su paz crea un espacio que invita a tu propia paz a emerger. Cuando estás en presencia de alguien que verdaderamente te ama sin juicio, algo en ti se relaja, se abre, respira. La presencia del sanador crea este tipo de ambiente—pero amplificado, intensificado, clarificado a tal grado que la transformación se vuelve posible.

Jesús entendía esto. *"No soy yo quien hace la obra,"* dijo, *"sino el Padre que mora en mí."* No reclamaba poder personal. Reclamaba conexión. Era una puerta a través de la cual el amor infinito podía alcanzar a seres finitos. Y esos seres, tocados por ese amor, recordaban—aunque fuera solo por un momento—que ellos también estaban hechos de amor, que sus cuerpos estaban destinados a la integridad, que su sufrimiento no era su verdad final.

Por esto la fe importaba tanto en las sanaciones de Jesús. *"Tu fe te ha sanado,"* les dijo a quienes sanó. No era que estuviera reteniendo poder de quienes no tenían fe. Era que la sanación requiere la participación de quien está siendo sanado. El sanador ofrece una oportunidad, una invitación, un ambiente. Pero quien sufre debe, en algún nivel, aceptar la invitación. Debe estar dispuesto a soltar su identificación con la enfermedad, su apego al sufrimiento, su creencia de que está roto más allá de toda reparación.

A veces esta aceptación es consciente. La persona sabe que quiere ser sanada y se abre completamente a recibir. A veces es inconsciente—una parte profunda del ser que dice sí mientras la mente superficial duda. De cualquier manera, la sanación es siempre una colaboración entre quien ofrece y quien recibe.

Jesús aprendió a usar sus habilidades notables a través de toda una vida de búsqueda. Desde la niñez estudió las escrituras, volviéndose lo suficientemente docto para discutir con los rabinos siendo aún un niño. Como joven viajó, buscando sabiduría en muchos lugares, aprendiendo de muchos maestros. Pasó años integrando lo que aprendió, trabajando con sus manos como carpintero, preparándose para lo que vendría.

Pero quizás su maestro más importante fue una experiencia temprana que lo marcó para siempre. De niño, descubrió sus habilidades inusuales en un momento de ira. En un destello de rabia hacia un compañero de juegos, tocó al otro niño—y el niño fue gravemente dañado. En ese momento terrible, el joven Jesús vislumbró el poder que moraba dentro de él: un poder que podía destruir tan fácilmente como crear, que podía dañar tan fácilmente como sanar.

Esta experiencia se convirtió en la fragua donde se forjó su carácter. Determinó, con todo su ser, aprender cómo usar esta energía solo para el bien. Cada enseñanza que buscó, cada práctica que emprendió, cada momento de oración y meditación fue dirigido hacia este propósito: convertirse en un vaso puro para el amor, nunca más para la destrucción.

Por esto su enseñanza enfatizó el amor tan absolutamente. No era filosofía abstracta para él. Era la sabiduría duramente ganada de alguien que sabía lo que sucede cuando el poder se usa sin amor. Su insistencia en el perdón, en la no violencia, en bendecir a quienes te maldicen—todo esto venía del entendimiento directo de lo que el poder divorciado del amor puede hacer.

La manera en que Jesús enseñaba era paradójica. Iba contra todo lo que el mundo enseña sobre el éxito y el poder. *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará."*

Encontramos la vida perdiéndola. Recibimos dando. Somos elevados inclinándonos. El mundo dice acumula para ti mismo; Jesús dice da. El mundo dice defiéndete, no dejes que nadie te pise; Jesús dice si alguien te golpea en una mejilla, vuélvele también la otra. El mundo dice ama a quienes te aman; Jesús dice ama a tus enemigos, bendice a quienes te maldicen, haz bien a quienes te odian.

Esto no es debilidad. Es la mayor fuerza que existe. Es el poder que conquistó la muerte. Es el amor que transformó pescadores en apóstoles, perseguidores en misioneros, pecadores en santos.

Y es el mismo amor que puede transformarnos—si estamos dispuestos a seguir el camino que Jesús enseñó.

¿Qué significa esto para quienes desean sanar, ya sea a sí mismos o a otros?

Primero, significa que la sanación comienza con trabajo interior. No puedes dar lo que no tienes. No puedes canalizar amor si estás bloqueado por falta de perdón, constreñido por miedo, atenuado por auto-rechazo. El camino del sanador es el camino del auto-conocimiento, la auto-aceptación y la auto-transformación. Antes de poder ayudar a otros a reconocer su integridad, debes comenzar a reconocer la tuya propia.

Segundo, significa soltar el apego a los resultados. El sanador que necesita sanar, que mide su valor por los resultados, que toma crédito por el éxito y culpa por el fracaso—este sanador se quemará, sufrirá, eventualmente perderá su don. El verdadero sanador ofrece sin apego. Hace su parte y suelta el resto. Entiende que la sanación sucede de acuerdo a la sabiduría profunda del viaje de cada alma, no de acuerdo al deseo humano de resultados inmediatos.

Tercero, significa reconocer que tú no eres la fuente. La energía que sana no se origina en ti. Eres una ventana, no el sol. Permites que la luz pase a través; no la generas. Esta humildad protege tanto al sanador como al sanado. Previene la inflación del ego que puede corromper el don. Mantiene al sanador anclado en la verdad de lo que realmente es: un sirviente, un canal, un instrumento humilde de algo mucho más grande que él mismo.

Jesús modeló esto perfectamente. *"No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre."* Incluso con todo su poder, toda su habilidad, toda su demostración de lo que es posible—siempre apuntaba más allá de sí mismo. Apuntaba a la Fuente. Invitaba a otros no a adorarlo sino a descubrir la misma conexión que él había encontrado, a convertirse ellos mismos en canales de ese mismo amor.

"Obras mayores que estas haréis," les dijo a sus seguidores. No se estaba estableciendo como únicamente poderoso. Estaba abriendo una puerta e invitando a otros a pasar.

Esa puerta permanece abierta. El amor que fluyó a través de Jesús sigue fluyendo. La presencia sanadora que él encarnó sigue disponible para quienes la buscan con corazones puros. Esta es la promesa en el núcleo de su enseñanza: lo que él fue, nosotros podemos llegar a ser. Lo que él hizo, nosotros podemos aprender a hacer. No a través de nuestro propio poder, sino a través de la misma entrega al amor que lo hizo quien era.

El camino es simple, aunque no fácil. Ama a Dios completamente—lo que significa alinearte con la Fuente de todo, abrirte a ese amor infinito, dejarlo llenarte hasta que no haya espacio para

nada más. Y ama a tu prójimo como a ti mismo—lo que significa dejar que ese amor desborde hacia cada ser que encuentres, sin excepción, sin juicio, sin condición.

Este es el camino del Maestro Sanador. Esta es la invitación extendida a todos los que tienen oídos para oír.